

Crítica de Arte

LAS EXPOSICIONES DEL MES

RETROSPECTIVA DE ONOFRE JARPA.

Esta exposición organizada por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas para celebrar el centenario del nacimiento del pintor es, sin duda, uno de los acontecimientos más importantes de la temporada artística.

Señalemos brevemente algunos datos esenciales de su vida y de su arte.

Nace en 1849. Muere en 1940. Vivió pues una larga existencia en la que vió nacer y desarrollarse distintas escuelas. Contempló los últimos estertores del neoclasicismo en los discípulos postreros y obstinados de David, las luchas de los románticos, el nacimiento del realismo y de la nueva sensibilidad impresionista, para mirar finalmente, con ojos asombrados, tal vez, la beligerancia de los últimos *ismos*.

Pertenece a la generación de Renoir, de Manet, de Caillebotte, de Cézanne y de los chilenos Antonio Smith, Antonio Caro, Ezequiel Plaza y Pedro Lira.

En la pintura chilena marca Onofre Jarpa, si nos atenemos a la cronología como punto de referencia, la transición entre dos épocas muy definidas y concretas.

A los 26 años de edad (Exposición Internacional de Santia-

go) obtiene su primera recompensa. La pintura está en Europa en plena evolución hacia la conquista de la luminosidad, pero nuestro pintor se mantiene en un romanticismo exaltado en el modo de sentir la naturaleza. Onofre Jarpa no quiso escuchar el mensaje de la nueva sensibilidad.

Visita en 1881 Europa y estudia en Roma, París y Madrid. Este viaje tuvo, sin embargo, para él el valor de una docencia rigurosa que afirmó su mano y enriqueció su técnica. Fué discípulo del pintor español Pradilla. El contacto con el viejo maestro y las lecciones que de él recibió pudieron darle cierto sentido de la luminosidad espontánea y atmosférica. La manera estética del autor de *La rendición de Granada* se encimaba, empero, en la reacción antirromántica y eso es lo que esencialmente lo separa de su discípulo.

Onofre Jarpa es un romántico. Las raíces próximas del impulso subjetivo y lírico de su pintura están en Antonio Smith. Las más lejanas es necesario buscarlas en Europa, esencialmente en Francia. En efecto, si su filosofía estética viene del chileno Smith, éste ha recibido el influjo del viejo José Vernet, de Dupré y de Teodoro Rousseau.

Silva Vildósola niega el romanticismo del maestro. No compartimos tal idea. Lo que sucede es que Onofre Jarpa no fué un romántico a la manera de Corot, quien señalaba siempre congruencia entre el sentimiento creador y las formas artísticas. Es decir, que pintaba—en su época paisista, *Bain de Diane*, *L'Etoile du berger*—en manchas neblinosas, poéticamente, con extraordinario y misterioso lirismo, con musicalidad, pero poniendo a la vez en la tela su propio estado anímico.

En los paisajes de Onofre Jarpa de la primera época hay una indudable voluntad realista. Sin embargo, también se advierte comunión espiritual con el tema, un estremecido anhelo, un estado místico de amor y de sentido panida. Onofre Jarpa es—fundamentalmente—un romántico-realista. Una pupila veraz puesta al servicio de una sensibilidad poética.

Ahora bien, si contemplamos el desarrollo histórico de su arte tropezaremos con tres etapas muy definidas:

1.^a *Etapa romántico-realista.*—Paisajes chilenos.

2.^a *Etapa naturalista.*—Apuntes de viaje de Europa y Asia. Naturalezas muertas.

3.^a *Etapa impresionista.*—Paisajes chilenos.

Los dos primeros períodos están enlazados con cierta lógica. Es natural que quien veía románticamente la naturaleza, pintándola—paradójicamente—con minuciosidad verista, al encontrarse frente a temas carentes de poesía desplegara su tendencia al naturalismo.

En el tercer período hay una inclinación brusca, artificial de la línea armónica. Onofre Jarpa no entendió, no supo ver, no sintió el impresionismo. Su esfuerzo por evolucionar en los años finales de su vida es plausible, pero de resultados nulos. Fué, sin duda alguna, en el primer período en donde el talento creador encontró sus mejores posibilidades y en donde aparece una mayor soltura, mayor espontaneidad y mayor intuición en cuanto a los problemas técnicos. Es también en esta etapa en la que se logra hasta cierto punto la *forma final* o conformidad a fin. Es decir, la perfecta adecuación entre el contenido y su morfología.

Elementos de enlace: *Venecia* une el primer período con el segundo; *Marina* une el segundo y tercero.

En *Venecia* se advierte todavía en la impresión general, en el extremado lirismo, en el reflejo de una subjetividad profundizada, resabios del romanticismo prístino. Pero, a la vez, se hace presente la inclinación al naturalismo representativo que se habrá de acentuar con mayor nitidez en las telas y apuntes posteriores.

Marina encadena este estilo con el *pleinairismo* último. En efecto, vemos iniciarse en esta obra de tan luminoso y atmosférico cielo una franca tendencia hacia la pintura impresionista.

Repasemos ahora los aspectos más importantes de su hacer con el ejemplo de las mismas obras.

Están dentro del primer período estilístico fundamentalmente los lienzos *Paisaje tropical*, *Quebrada de Lebu*, y *Paisaje de Lo Orrego*.

El sentimiento melancólico de la naturaleza, su emoción, su belleza se han fijado en esos troncos añosos, en esas lianas, en la proliferación del follaje. Más que la realidad, más que el color ardido y rutilante, el pintor ha dejado aquí su propia añoranza.

El mérito mayor no está en la dimensión espiritual de los cuadros, sino en el modo en que han sido realizados. El conjunto aparece atmosferizado diestramente y la vista penetra incontenible en el sentido de la profundidad.

El acentuado lirismo y *morbidezza* de estas visiones no empecen la entrega a un sentimiento verista que lleva al artista a reproducir la imagen con fidelidad casi fotográfica. Onofre Jarpa componía, arreglaba la naturaleza, armonizaba sus elementos escenográficamente.

Del segundo período destácanse *Melón y Uvas*. La primera es un juego audaz de la oposición tonal cálida y fría. El amarillo de la fruta muestra en su virtuosismo representativo la plena calidad material con tanta perfección como la lograda por Menéndez y Sánchez Cottán en sus *bodegones* del Museo del Prado. *Uvas* es digno de tenerse en cuenta. Una luz opalina, transparente, misteriosa, mana de la materia y la hace vibrar graciosamente.

El tercer período no merece comentario. Con lo dicho más arriba hemos señalado suficientemente sus características. Conviene de todos modos hacer destacar el paisaje *Punta Talamí* que, pintado a los ochenta años, es el canto de cisne del pintor. En este paisaje hay un delicado florecer del lirismo del maestro; señala que a tan avanzada edad conservaba fresca la pupila y seguro el pulso.